

mi ritrovai per una selva oscura



José Viñals

dibujos de **Javier Pagola**

“mi ritrovai
per una
selva oscura”

poemas de **José Viñals** - dibujos de **Javier Pagola**

© del texto: **José Viñals**
© de las imágenes: **Javier Pagola**

edita: **Luis Burgos**
diseño y maquetación: **Jacobo Bergareche**
isbn: **123135578D**

LUIS BURGOS ARTE DEL SIGLO XX

calle villalar, 5 28001 madrid
t. [34] 91 781 18 55
www.art20xx.com



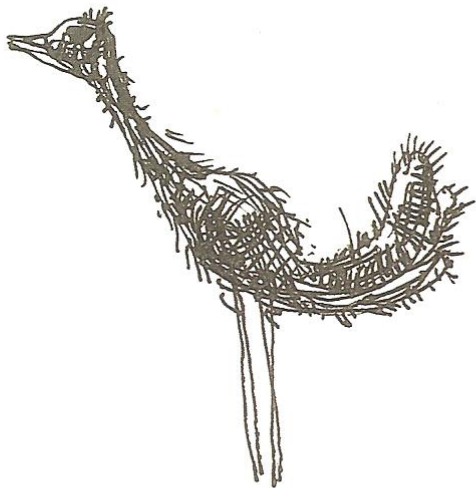
“mi ritrovai per una selva oscura”

L	M	X	J	V	S	D	
		21	22	23	24	25	
26	27	28					



TODO ARTISTA es poeta, y todo poeta presenta un mundo imaginario capaz de dialogar con el resto de las artes. Con este proyecto se ambiciona que pintura y poesía intimen, que trazo y verbo integren sus significados, bien por un proceso de complementación, bien por uno de disensión. Se ausculta en consecuencia la experiencia de lo “artístico”, sea cual sea el significado que se le quiera dar a este concepto. Un concepto, por otra parte, tan escurridizo como indispensable.

los editores



*Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
che la diritta via era smarrita.*

Dante Alighieri
Divina Comedia
Canto I



I.

Tu diente de oro, cascarudo, cómo brilla en la garganta negra de la noche inconclusa. Mastica cascarudo de cabeza torcida. Mastica, quebrantahuesos de la tumba, emisario procaz de la tiniebla.

Diente de pecarí, de búfalo secreto.

No me cojas las manos, bestia grisácea, bestia somnolienta. A tientas voy, sin báculo, y ya no veo las estrellas en el cielo inmediato ni en el pozo de estaño de las fieras.

Voy por los laberintos de la amada, la precoz, la fértil humareda. Tras su huella menuda de lagarta rural, sacerdotisa del silencio, vislumbre del cercado de las maravillas. Camarada de la sierpe y el vértigo, vientecillo rizado del amanecer, turbia vesícula de polen ceniciento, leve asesina.

Voy al recinto de la muerte, al jardín absoluto. Los perros regurgitan, el carancho trepida. Tu diente de oro, cascarudo, brilla en el prado de las madre selvas y se clava en la pulpa de mi mano derecha. No lloro, ¿no ves que nunca lloro?

Viene a llover sobre mi pie confuso. En una piedra de horizonte, el dios de los murciélagos medita.

II.

Al jardín absoluto. A la plaza cerrada del exilio. A la carroza de los seis caballos retintos. Al país sin retorno. A la primavera negra de Henry Miller y Ezra Pound. Y del maravilloso ofidio Luwics Milozs. Y a mi hermano que tiembla con la estrella del sur.

Voy de camino con mi pan auestas. Con mi navaja albaceteña. La primavera negra, las explosiones del júbilo, la pirotecnia valenciana. Incendio breve del corazón y los testículos

Se doblega la noche marginal, croan las ranas rojas. El teru-teru anda a saltitos por la memoria. ¿A quién amo? ¿A quién no amo?

En el reborde verde del pantano hay cetonias azules. Yo estoy tendido, exangüe, deshilvanando el flaco vestido de la llamada eternidad. Diurno y nocturno soy el batracio violeta, el malherido. ¿Me negarás el vino y la tiniebla?

III.

Como en el alto silencio escandaliza la mosca, así Dios en el valle de los corderos o tú en la noche, desposada del alba, flor tranquila, huella de ti que en ti culmina, mujer de amor sobre mis parcos estertores.

Ya lo sabes, la selva se avecina, y estoy sentado en mi silla de muerte, confiado y silencioso como un bicho doméstico, perro o gallo de cresta apaciguada.

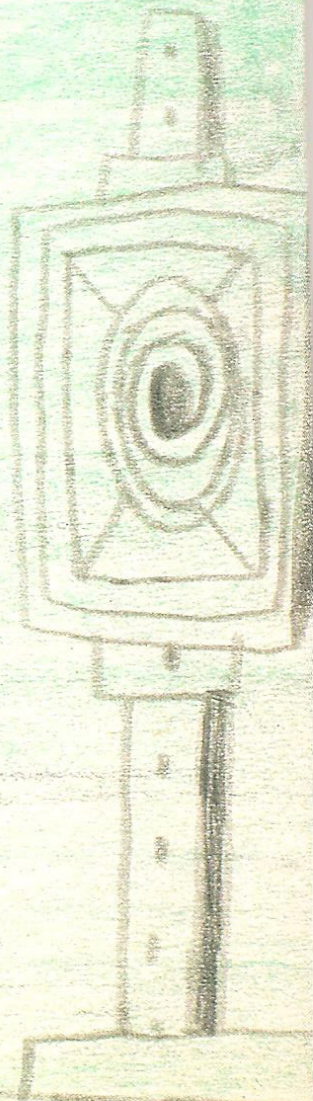
Miro la oscuridad, los aledaños de la sombra. Ojos en la penumbra, sin sollozo, cascarudos amortiguados, blandos de mal vivir lejos de tu cadera, tu cadera enemiga, mortal secreto del veneno.

Oh, el viento. Las crines del caballo. La tempestad que se adueña del mundo. La noche conturbada. Mi hermano que trepa la colina de las ardillas con su perro delgado. Y tú que tienes tratos obscenos con las sagradas músicas del cosmos.

Angel, mujer de arrullo, botellita o frasquito de aromas, te huelo en la sinrazón del bosque, aquí, quieto en mi silla, acongojado por tu prisa en partir, en ser fuego volátil, llamarada amarilla.

De sus fatigas estelares en la fronda descansa la oropéndola. Te veo, musiquilla callada, celebratoria de músicas mayores como aquéllas del cosmos. Ojos finos de sutil perceptiva, pecho de sistoles y diástoles preclaras, animal de belleza.

¿Y por qué otros no veo o no distingo? Ya el porvenir no te distrae, animal aterido. Pon tu ojo en los ciclos del aire, a barlovento del pájaro; considera su plumaje en reposo, y míralo anidar, tú que ya desanidas. No siempre será noche.



JP01

IV.

Con los ojos agrandados y su mirar escéptico aunque cercano a las invenciones del sueño, en tu cabeza de peregrino de torpes extravíos reproduces la selva primitiva.

Aquí, bien, aquí los animales lentos, aquí las fieras; aquí los árboles de sombra y mal designio; aquí la ambigua ligereza del manantial, agua o veneno; aquí el insecto malsano y el ofidio asechante; aquí el pájaro negro oculto en el abismo; aquí tu silueta adorada y perfecta.

Llevas a un niño de la mano. Y llevas un puñal. ¿En qué rincón del mundo de la carne y el hueso vas a clavarlo entero?

No lo dirás pues vale mucho más la sorpresa, la afilada ponzoña de la muerte. Por amarte y amarte con alma oscura y solitaria, merezco su codicia.

Pero no matarás, así dice el edicto matutino. Y, sin embargo, córtame en dos la sangre, abre una grieta dulce en los cartílagos, inyecta chorros de miel emponzoñada, condéname al bautismo de los hielos, al abandono del aliento.

Igual tras la penumbra de la vida yo seguiré tu huella y la huella de tus huellas, hasta que seas anciana y me contemples con tristeza entre mis vanos argumentos. Porque yo soy la prosa de tu historia, el naipe vuelto de las coordenadas augustas del misterio, el ave nauseabunda.

Porque yo soy la parte de ti que tú no fuiste, este extraño fulgor en la memoria.

V.

Hoy, en el abrevadero, he visto a la pantera negra. Y en el peñasco a la serpiente de coral. Y en la encina a la calandria de plumas grises. Y en las alturas al buitre leonado. Y en el pecho te he visto a ti, y llevabas ojos de cielo leve y bruma de unicornio en las alas que no llevabas, que perdiste este Otoño.

Muge la arboleda, solloza o clama el manantial. El perro no adivina la longitud del ojo del amo desdichado. Mi perro. Sueño despierto sobre la bisectriz de los astros mayores. Lloro como el lobezno abandonado. Clavo mi instinto de matar en la cresta del clima. Te veo y no te veo. Llevas rabel o laúd o vihuela. Cantas conforme a los dictados de tu Otoño, perdida para siempre la simiente del ala. Y cantas y cautivas mi oído triste, opaco. ¿Quién te ordena cantar? ¿Quién pone la demanda de la voz en tu espiral humana, ave ascendente y delicada?

Yo, que tengo en mis ojos el bisel de tu espejo, tu modo de dormir en los vapores blandos de la almohada, tu huida de paloma pormenorizada.

Canta. Contamina mi alma con los tributos eternos del silencio.

VI.

Sordo, el viento hurga en la muerte de las hojas. Son húmedos y bellos el castaño y el roble. También la ardilla husmea la muerte. Y la tórtola ligera y el caballo salvaje. Los dedos de mis pies tocan la muerte. Huele muerte el conejillo en la boca del zorro. La catedral boscosa tiene sus puertas corrompidas. El lago mismo con su baba naranja hunde su hocico en los misterios emponzoñados de las aguas podridas.

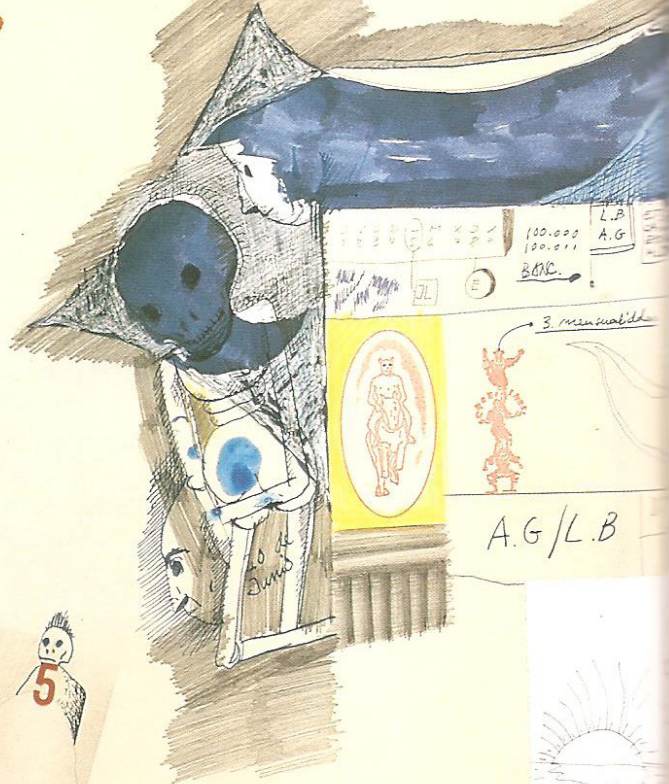
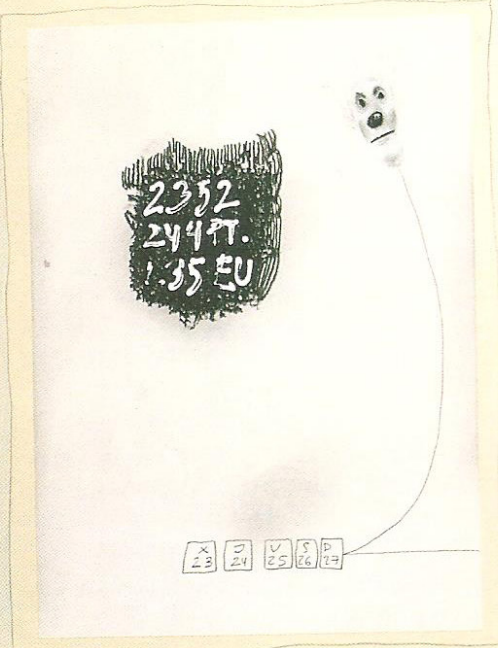
Pero es vana agonía la agonía del año: renacerá la noche en el aliento azucarado de las vegetaciones. Con su ojo violento, el tigre mismo manchará las estrellas. La vara de jacinto golpeará con dulzura la longitud del viento.

Y tú vendrás, amada, con un collar de breves amatistas, a reinstaurar el día, a fundar el verano; con tu bastón de mimbre al restablecimiento de la dura justicia de la vida.

Yo miraré con ojos yertos. Transmiraré los mundos circulares de los frutos, hundida mi cabeza en la ciega tiniebla. Amojosados mi pan y mi queso caprino, servirán de consuelo discreto. Reinarán la penumbra y los relampagueos de la piel de la cebra. Oh, el cormorán me picará los labios. Echará la lechuza su excremento de plomo en las descoloridas rodilleras del réprobo tardío.

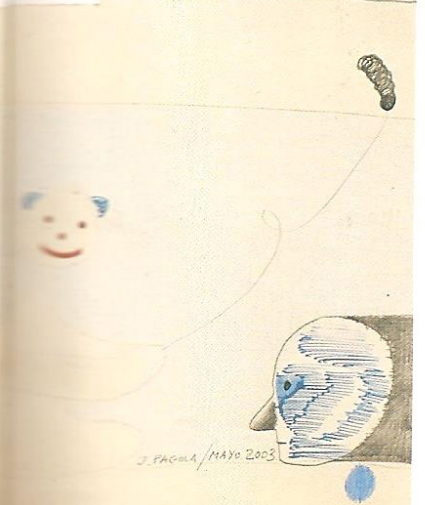
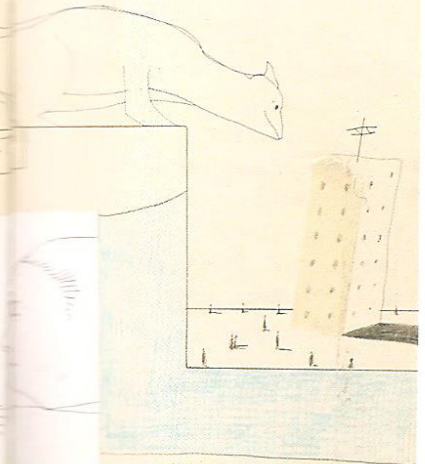
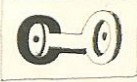
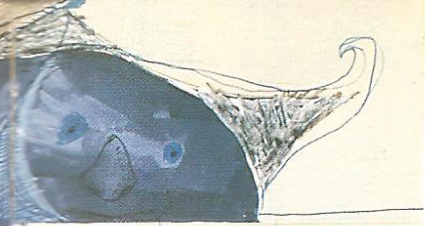
Como carcoma polvorienta roeré los respaldos de los tronos, vengativo de triste y abandono, y quizá pueda todavía rozar tu mano leve o trasbesar la orla de tu vestido de madonna.

224 R
1.35 EU
1.35 EU
24 25 26 27 28 29 30 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23



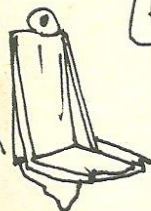
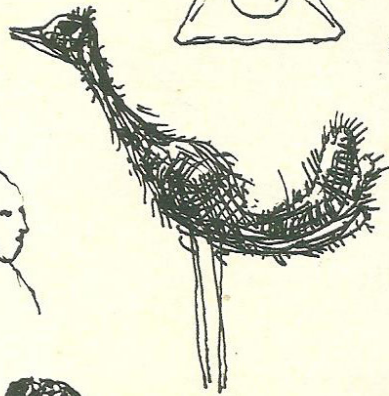
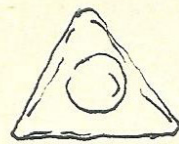
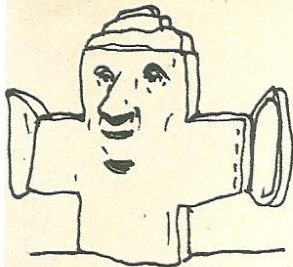
9
88493
23 2





X. PAGOLA / MAYO 2003

L	M	X	J	V	S	P
		21	22	23	24	25
26	27	28				



1



LA



PAGOLA. 02

VII.

Lodazal amarillo, sapo sonoro, perfección de la alondra y el lobo cejijunto. Espejo negro. Escarcha fina. Vejiguilla de renacuajo. Tormenta celeste. Flor menuda del clima, despertar de los astros.

¿Qué hay en el mundo? ¿Qué tras la frontera oscura de los fresnos? ¿Qué en la noche natal de los insectos?

Nada corrompe los delirios del sueño. Yo en vigilia de ojos extenuados. Yo en la columna solar, airado y solitario. Yo malherido de necedades, inferior y maldito, la esponja de vinagre metida a golpes en la boca.

VIII.

Plumón de pato sobre la superficie de la ciénaga. Mansedumbre del cocodrilo adormilado. Huevo de codorniz. Jirafita. Tu cabeza rodeada por los insectos de la noche y tu ojo nictálope considerando los incendios en la curva del mundo.

Piensas en Dios como si fuera una ciénaga con sus plumas de pato. Dios jirafa, Dios cocodrilo, Dios cabecita de huevo de codorniz, Dios de pequeñas dimensiones.

Miras la noche, las huellas de la noche, el misterio sin normas de la noche, la rabiosa corona giratoria de insectos. La noche y las deflagraciones, y el mísero horizonte de la guerra, la guerra infame y nauseabunda.

Ganas dan de morir. Mueren los pájaros. Mueren también los asesinos. Se acuesta uno y solloza, y piensa en Dios como si fuera un alfiler, la punta de una aguja, la injusticia inhumana de la guerra. Piensa en Dios como una curva de compás admirable. Como morir en tu ojo.

IX.

Se ha perdido el fulgor de la estrella fragante. Lo que ayer fue jardín hoy es tierra reseca y yerma. Lo que ayer fue tu mano hoy es el ave que diseña el olvido. Gruñe el lobezno en la arboleda descompuesta y abstrusa. En el ojo viviente, antaño ambiguamente dispersado en visiones, hoy la pupila se marchita.

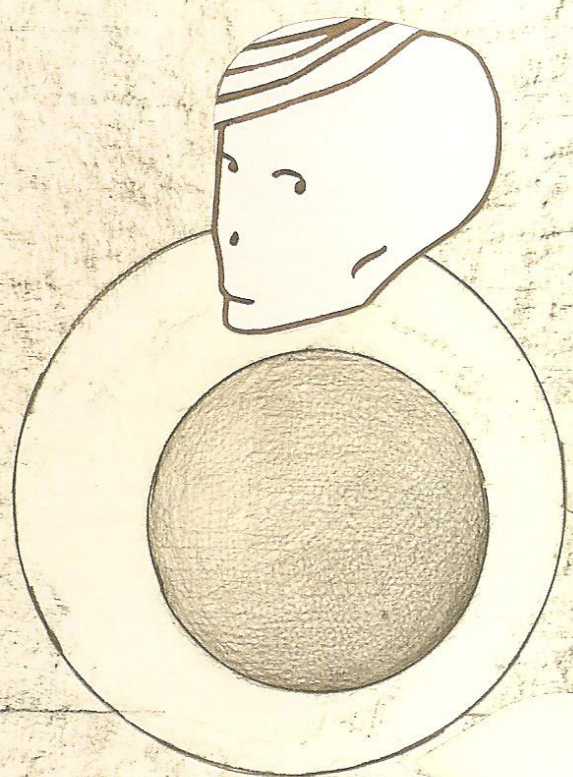
¿Dónde hallar ya tu pelo, tu cintura? ¿Dónde soñar tu labio en el silencio raído, sombrío de la tarde?
¿Dónde mirarte cara a cara en tu espejo absoluto?

Llevabas en la frente una diadema de género contrito, pero hoy la frente y la diadema han desaparecido, y la nada precede al desfile mortal de los corderos que ocultan pólvora en las pieles, ponzoña en el balido.

Eras sana y riente como un fruto sagrado. Como cascada de agua y flores imprevistas. Como selva auroral o madrugada de hormigas principales. Eras mujer de perfectos designios, ornamentada con un pez luminoso y los inicios alborotados de la luz de la hoguera. El futuro se urdía en tus sandalias de blanda pedrería.

Hoy concitas la sombra. Te has disuelto en la fronda de la noche profunda. Camino junto a ti como los náufragos caminan a los costados de su muerte de algas colgantes y lagartijas invernales.

¿Camino junto a ti? Dime si vivo. Y si no vivo, dime a qué ha llamado el alma caminar, a qué ha llamado pasos, a qué llama vivir a tu costado lejanísimo, admirable y múltipara mujer de cielo y cieno. Mujer atribulada que no responde por su nombre, sede de un alto amor que no caduca.



X.

El demonio y su argucia no entran en mis planes. Yo no veo ni huelo sus regueros de azufre. Sólo veo un sol tibio a través de las hojas del sicomoro centenario. Y veo en la horqueta del castaño la cacatúa blanca de Montale. Y el tigre de Lugones restregando su lomo contra la encina abstracta.

Digo que veo pero no tengo ojos para ver. Una película de azogue empaña el ya raído cristal de la mirada. Palpo las ceremonias ondulatorias del mundo en movimiento. Me bamboleo en las cuerdas de tu hamaca de viento, hembra veloz e incorruptible.

Caeré de bruces, ya se sabe, de bruces amarillas. Masticaré los restos sagrados de la noche, el huesecillo del ángel de delgada estatura, la papilla de trigo candeal de tu sonrisa. La jauría de perros invernales devorará mi sombra.

Lo que quede de mí en el reguero de palomas. Lo que quede de mí, mi última sombra, en el refugio de la axila. Lo que quede de mí tras tu zapato, mujer colérica o demonio de boca delicada. Y no entras en mis planes, sacerdotisa del acabamiento.

XI.

Que me pruebe tus alas. Que me pruebe tu vuelo. Que me pruebe la muerte.

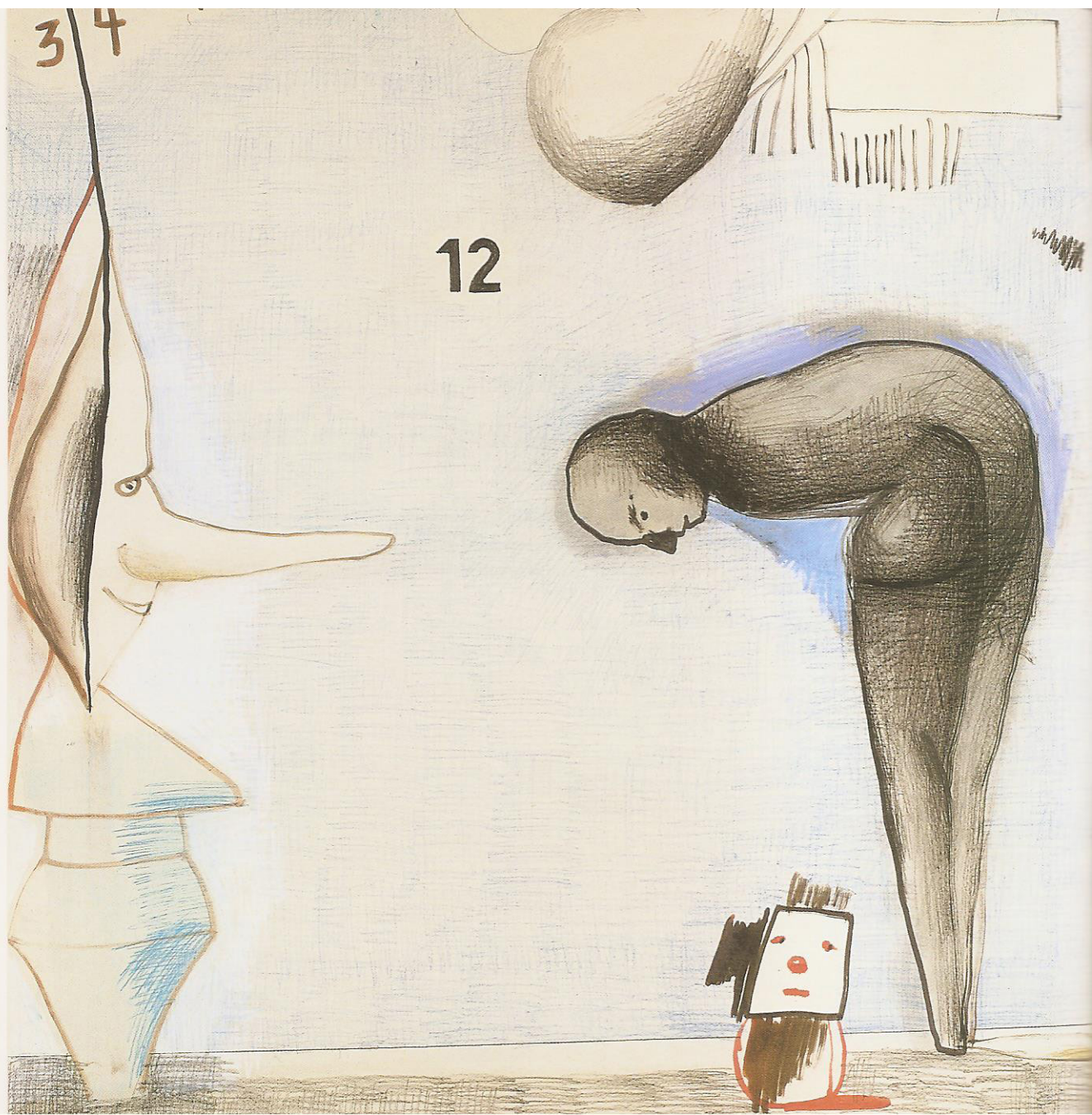
Mujer de amor, paloma circuncisa. Veo los candelabros, veo los candelabros, la estrella de seis puntas,
el alto muro ceniciento.

Mujer de amor, corola de flor nueva, hazme lugar en ti que voy marchito.

Acábame la sangre y el duelo de la sangre, y el criterio sagrado de la sangre. Que me dejes siquiera
atentar contra el cielo.

3 4

12





JP01

XII.

Penumbra es toda voz, todo silencio. Meditan deslabazadamente el camello y la duna. Se enrosca y desenrosca la serpiente que va a dejar su piel del tercer año. Penumbra es toda voz, toda tú eres penumbra.

Tu pie pequeño deja señales en la niebla. Tiembla el leopardo, y ya se sabe cuándo tiembla el leopardo. Frutos de invierno crecen acidulados y fragantes. Lleva sombrero negro con manchas de hojarasca el Gran Rabino. Hay una sinagoga melancólica en el centro del mundo.

Toda tú eres penumbra, ladera de los montes de occidente, manantial de infortunio, lujosa Sulamita. El que te quiere te convoca con el acento del leopardo que tiembla, con los frutos de invierno, con el dolor del pecho, con la palabra herida de Salomón que ilumina la espalda del Viejo Testamento.

Pero todo es penumbra, penumbra toda voz, todo silencio. Penumbra tú que cuidas del redil como perra educada, como pastora de sonrisas breves en el tumulto de las estaciones, en tu equinoccio sin sospecha.

Penumbra tú, labrada de homenajes, flor que resiste las trituraciones, virgen contrita de soñar intranquilo, orejillas medrosas de ratón blanco, cabecera de puente de dos viejas culturas que fluyen y confluyen en el secreto de tus piernas. Penumbra tú que manas auríferas orinas, licores delicados, sed de umbría.

Penumbra tú que has cogido con celo la certidumbre de mi mano, mis materias ancianas, mi abandono al silencio donde fluyes, oh hermana.

XIII.

Sutil pajarillo, no se sabe si verde o violeta, colibrí o picaflor que ha de morir a mediodía, a escasas cinco horas de este suburbio del amanecer. ¿Has de ser el primero de la mañana? Si no se os ve morir no constais nunca en los edictos graves de la naturaleza.

Hay al menos diez ojos que esperan ver asimismo mi muerte, o bien al mediodía del colibrí, o bien a medianoche, la medianoche aquélla en que se hicieron veinte ensayos de muerte, cada cual más perfecto y convincente, cada cual más rotundo.

Aún tampoco a mis años consto yo en los edictos de la muerte. Me preserva en secreto el dosel de la noche, la coartada del pájaro menudo. Y sin embargo moriré de insolencia, desnudo de payaso, ornamentado de silencio baldío, fiscal de los delitos bellos de la pradera, contertulio cansado de la selva.

Tú lo verás cuando el hisopo húmedo en vinos halagüeños me tapone la boca. Tú lo verás cuando te bese imperceptiblemente, cuando la estrella diga: "La commedia è finita".



XIV.

Veo al ciego con su bastón y a la monja benedictina calva que moran en el convento de madera. Veo en la mesa solitaria el mendrugo de pan y al perro gris bajo la mesa. De aquel fuego de antaño restan sólo cenizas y en ellas veo la botella quemada. Y veo mis maletas de extranjero, mis maletas vacías.

Pero voy a partir en cuanto cese la bocanada espesa de la noche, en cuanto pueda a tientas hallar la senda que conduce a los trópicos, si quedan trópicos en el universo o tan siquiera en esta franja de pobreza.

Quedan, en fin, los que llaman delirios: la moneda dorada con la efigie del anciano Maestro de las ruinas, el que clamaba bajo cielos baldíos; la esfera de marfil lamida por tu mano y que solloza en los huecos del aire; el cuchillo que en invierno degollaba al cerdo; y quedas tú que rumias hebras deleitosas del alba que ha rozado tu carne de aroma y maravilla.

En la espiral sin prisa del remanso del río, he visto mi cabeza desprendida girando suavemente. Y he visto un brillo abstracto bajo la bisectriz de las estrellas.

Partiré, según todo lo anuncia, en cuanto pueda restablecer antiguos equilibrios: poner aquí la luz, aquí la sombra, aquí el dulzor del fruto, aquí el rastro de sangre.

Partiré cuando acudas a limpiarme los ojos de esta maraña absurda de tristeza.

XV.

Bajas los párpados, musitas siete letras sagradas, abres el libro de la siembra y cosecha, lees un pasaje agosto y te acuclillas a orinar en el rincón del mundo donde crecen los astros como afanosos rododendros.

Si no fueras eterna preguntaría por tus labios preclaros y tu cadera luminosa tan semejante a las mareas embriagadas de octubre..

Antiguamente fuiste vestal de ojos como la lluvia oblicuos. Llevabas el emblema de las disoluciones de la carne, del pecado nefando. Se abría tu entrepierna como corola de anturios, y eras hembra del clima, diosa de los saberes del amor circunciso.

Ahora que dependo de los poderes de tu sangre absoluta; ahora que me arrastras de las narices del castigo; ahora que llorar no me importa, que no me importa ponerme de rodillas, que se mustian las señales viriles del testículo; ahora que me siento a sollozar en la piedra, quizás altar de las celebraciones de la muerte; ahora que conozco tardíamente las siete letras que he llamado sagradas; ahora te vislumbro en cuerpo y alma, si es que se trata de dos perplejas y separadas fuentes de la vida.

Matrona antaño fértil, antaño clamorosa danzarina, antaño frutecida. Antaño madre de corderos, los que hoy alumbran las vereditas familiares, los llamados cachorros de la alta siembra de varones adustos y hembras claras.

Si no fueras eterna preguntaría por tu alma.

XVI.

Aunque encorvado y en tinieblas, a pie firme y maltrecho soporto el cielo. En la entraña me pesa, en la cabeza, en el mermado pecho, en las gonadas, en el alma.

No me refiero al cielo, naturalmente, mas me refiero al cielo que se incrusta en el cráneo, al cielo del concepto, la pedrada en la mente, la extensión del vocablo y sus calladas significaciones.

Me refiero a tu ser, no a tu silueta, cuando te veo bajo el cielo, en la luz infinita con ligereza mal llamada eterna.

Eterna no, candente, listada y amarilla como felino de Bengala, cuajada como frasco exquisito de mieles otoñales, del color de tus ancas inapropiadamente mal llamadas caderas.

Ven que te estreche, Sulamita, que estoy abstracto como un necio.

XVII.

Como miel en la redoma de cristal. Como el sol en la miel. Como la dulzura en el espesor de la miel. Como la transparencia viscosa. Como la raíz del verbo. Como el ángel en la redoma. Como el oro del ángel. Como la siembra del oro en el oro. Como el pan. Como el ojo del gato. Como Raquel al sol. Como el sol en la miel de la miel. Como la densidad del chorro de miel y el sabor de la miel en el reguero de hormigas. Como miel derramada en tus pechos cristianos. Como la insurrección de la miel. Como el toro de miel. Como la inerte concupiscencia del panal. Como la garganta de miel. Como la miel repentina de tu frente dorada. Como tu boca. Como tu boca. Como el cerco invulnerable de las tapias encenagadas de la muerte. Como los desastres de la guerra. Como el horror. Como el miedo a la miel envenenada. Como tu prójimo asesinado por la espalda. Como tus piernas entreabiertas al cuarto día de la guerra, la noche del bautismo de las desolaciones del vergel de los niños que se instalaban en la miel del origen, en la miel de la tumba. Como la miel sagrada de tu boca, sacerdotisa de la miel de inocencia. Como la miel de los astros movibles. Como la tenuidad sencilla de tu mano. Como esquiras de miel. Como cabeza acribillada. Como silencio. Como murmuración de vecinas de pañuelos de seda amarilla. Como la miel que embriaga. Como miel que aniquila. Como la miel amarga que precede a la muerte. Como la pinza del alacrán. Como la travesía de tu boca.



XVIII.

Ni Dios, ni dioses. Pájaros sensatos. El búho y la lechuza meditabundos. Animales desatinados, la cabra y el muflón. La torcaza, la liebre, la perdiz, el conejo, la cobra, el jabalí. Diurnos y nocturnos. Y el zorro con sus dientes finos. Y la pareja de ciervos obstinados en la cópula y la huida.

Animales del bosque, del bosque y sus especies mansas, del laurel a la higuera, del ciprés al pinsapo. Selva profunda. Los charcos, el origen pausado del humedal, las lentas albuferas. Noche afilada, noche de ladridos, de cuchilladas y mordiscos pringosos.

En ti la selva, mujer estrella nueva, luminaria, hembra de cautas lejanías. Tú, tu memoria, tu olvido. Eres la que amamanta cachorros de cordero, lactal matrona sin jardín, tu casa en ruinas. Clemátide en los muros. Tus cajitas de música, tu escabel, tus lebreles, tu bastidor de seda roja. Falsas visiones, tonta epopeya literaria. Así no existes, ficción amada, fantasma de infortunio.

Tiéndeme pues tu mano sin adjetivaciones. Muéstrame tu perfil de cobaya medrosa. Y tu lágrima cierta y absoluta. Tiembla tu labio sin oprobio. Hay láminas de fósforo en la colina de tu vientre. Me has quebrado la voz, masculinizas hasta la sed del pensamiento.

No hay Dios ni dioses, sólo tú y el honor de la selva. Sólo tú y el misterio.

Sólo tú y el bochorno de mi cabeza pervertida, mi cabeza en la ruta de los veloces asteroides, mi cabeza flotante en los pantanos del delirio con cangrejo en la frente, donde la vida y los afanes me han privado de la luz del espíritu, donde el roce sereno con la muerte me ha mostrado la dimensión del cosmos, lo secreto del mundo.

XIX.

Musical amaneces, animalillo dulce, zureo o silbo de paloma. Alguien discutirá tu transparencia, ángel ligero de la fronda, ángel discreto que custodias también mi amanecer, animalillo dulce, fugaz y delicado.

No sobre mi cabeza, volátil e intranquilo, sino a mis pies te quiero, para el sosiego y la destreza de morir sin ser visto.

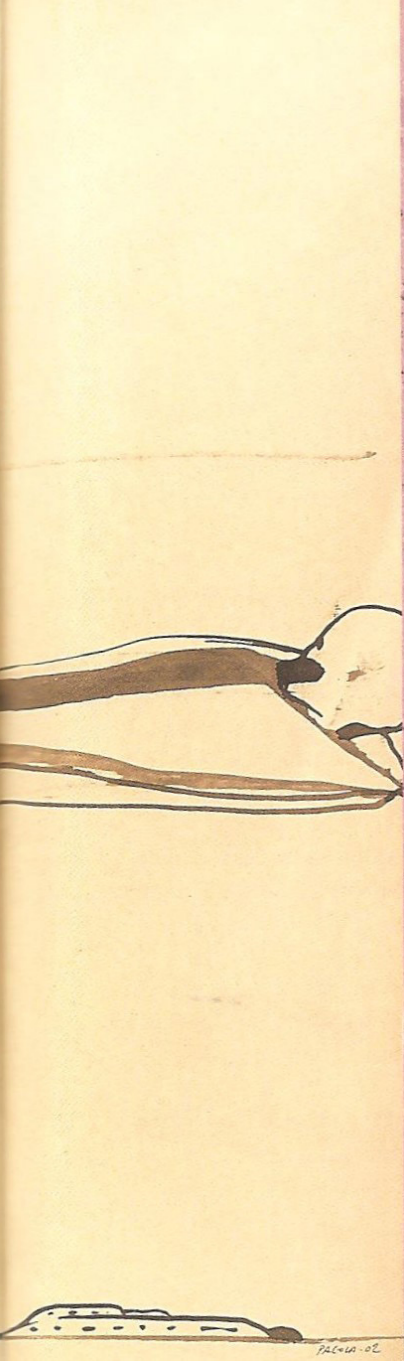
Cuando te miro contra el cielo sólo veo encajería de cristal, sólo escucho un murmullo semejante al gorjeo conjunto del ruiseñor y la calandria. Pero cuando te miro contra el agua, desapareces en las ondas del lago y te sumerges en el alma. Y tu música flota como evaporaciones, como copos de niebla.

No sé si existes, ángel, o te suscitan sólo la voz y la palabra, la sombra o el concepto. Categoría sagrada o perfil de la luz, criatura celeste o ser de la elocuencia, invención del poema o corderillo amamantado por ubres prodigiosas, bicho alado y perfecto con élitros de espuma.

Corderillo sutil, ya pastoreas en las praderas del silencio. Como eres sólo música no interfieres ni niegas el silencio, lo llevas en la entraña, lo precipitas en el extremo ser de la conciencia.

En la conciencia, ciertamente, acaso como Bach en la espesura.





XX.

Con la prontitud del caballo y la prolija alegoría de los santos de piedra en el paseo del cementerio alto, junto a las ruinas desoladas de la pequeña fortaleza, acudes al misterio con un ramo de menta.

Vas a asistir a las transmutaciones del jilguero, el príncipe del canto. Vas a ver su prodigiosa transformación en el infante ciego del ocaso, en el que va a cantar nuestra propia desdicha.

Se han acabado ya los pergaminos de la noche, las condecoraciones y los trinos. Se desenreda la madeja de seda adormilada. Cunde el secreto de las almas por los ociosos laberintos del puro pensamiento. Y, mientras, es el jilguero el que se transfigura bajo la ceremonia del humo o de la niebla. Va a surgir del paisaje como un hombre.

Como un poeta que tiene sus señales en la raíz del fósforo incendiario, como el poeta nuevo que aún no escribe pero no obstante canta, a media voz, contra la diáspora inocente, contra el rigor de las sofocaciones de las hablas humanas.

Pues nacerá el poeta, el que nos lleve de la mano con la dulzura del bíblico compuesto de miel, leche y canela, y nacerá del pájaro infrecuente, el bendecido de plumaje, el habitante de la sombra benigna de la higuera, el que jamás padece pesadillas.

Y nacerá porque es preciso, porque está en flor en esta limpia madrugada. Porque tiene garganta de jilguero y un sombrerillo alegre de domingo de ramos.

XX.

Con la prontitud del caballo y la prolija alegoría de los santos de piedra en el paseo del cementerio alto, junto a las ruinas desoladas de la pequeña fortaleza, acudes al misterio con un ramo de menta.

Vas a asistir a las transmutaciones del jilguero, el príncipe del canto. Vas a ver su prodigiosa transformación en el infante ciego del ocaso, en el que va a cantar nuestra propia desdicha.

Se han acabado ya los pergaminos de la noche, las condecoraciones y los trinos. Se desenreda la madeja de seda adormilada. Cunde el secreto de las almas por los ociosos laberintos del puro pensamiento. Y, mientras, es el jilguero el que se transfigura bajo la ceremonia del humo o de la niebla. Va a surgir del paisaje como un hombre.

Como un poeta que tiene sus señales en la raíz del fósforo incendiario, como el poeta nuevo que aún no escribe pero no obstante canta, a media voz, contra la diáspora inocente, contra el rigor de las sofocaciones de las hablas humanas.

Pues nacerá el poeta, el que nos lleve de la mano con la dulzura del bíblico compuesto de miel, leche y canela, y nacerá del pájaro infrecuente, el bendecido de plumaje, el habitante de la sombra benigna de la higuera, el que jamás padece pesadillas.

Y nacerá porque es preciso, porque está en flor en esta limpia madrugada. Porque tiene garganta de jilguero y un sombrerillo alegre de domingo de ramos.



JP 01

XXI.

Alguien ha puesto fuego a la hojarasca. Huyen los insectos rampantes y los pequeños animales. Pero aquí está la lluvia, la benigna, que ha cruzado los montes nórdicos, las tiendas de gitanos, la caravana de guerreros que vuelven, extraviados, desde los campos de batalla del medievo.

La lluvia ha recubierto de musgo y de verdín las piernas gruesas de la gigante que pare en piedra una colonia de lagartos. Comen pan de tres días los Inocentes del orfelinato, los niñitos descalzos. Y parlotean las urracas.

Entre el fuego y el agua no hay refugio para tu pie. Trepas desatinada la falda augusta de la montaña de los fresnos, en donde, noche a noche, mueren Profeta y profecía. Si el sol saliera, volarían pájaros multicolores con su lección de cántico aprendida.

¿Y qué haces tú, Judío Errante? ¿Dónde te aprestas a vivir si es que vives? Cuenta las piedrecillas, cuéntalas. Olfatea con nariz afilada el sexo de las hembras (o mujer o gacela o yegua enardecidas). Bebe tu vino de Judea, israelita de ojos acostumbrados a las penumbras del pesebre. Y dilo de una vez, atrabiliario.

Voy a besar tu boca, *mschacha* de jacinto, liviana compañera. Voy a besar tu boca si descendes del monte, si te acercas al mundo, virgen de las estrellas del pino navideño, voy a besar tu boca. Te digo *amén* para cerrar el ciclo del encanto o, si prefieres, del encantamiento. Y mañana recuerda mi caricia.

XXII.

Me he asomado a la noche y no veo las estrellas. Tampoco veo la luna ni el perfil de los árboles ni los ojos del búho cuyo chillido escucho, sin embargo. Y no veo la rata que roe las maderas ni a Maldoror entrando a ciegas a la Ciudad del Hombre.

No veo a mis hermanos y, sobre todo, no te veo a ti que estás cantando suave una canción de despedida, una canción de invierno. Amiga del silencio, cuando cantas recompones la elipse de los astros, suspendes cautamente el batir de las hojas.

Duerme la mariposa del naranjo; duerme la endrina, el fruto del ciruelo lampiño; duerme de pie el caballo. El viento también duerme. Mi cabeza lo sabe mas mis ojos lo ignoran. ¿Para qué mi cabeza si el mundo se deslíe?

También yo, ciego, cruzaré las murallas de la Ciudad, para salir no para entrar en ella como aquel hijo del Poeta. ¿Estoy acaso en la Ciudad? No conozco sus calles, no conozco sus muros, no conozco sus fuentes, no percibo sus ruidos. ¿Qué me amortigua los sentidos?

¿Será que el hielo se aproxima? ¿Será que el mundo se ha tornado inaudible? Pues lo que escucho todavía, dejará de escucharse, se acallará el sonido en mi cabeza memoriosa, y tu canción se irá esfumando en una nota grave y oscura como vaso de vino de la tierra.

Si estás presente cuando finalice el tiempo humano de los signos visibles, toma mi mano y ríe. Y si no doy señales de que escucho, haz que mi dedo toque tu garganta. Y si no siento, quédate dormida. Me has dado tanto mundo que bien puedo rogarte tanto sueño.

XXIII.

Muy distante se escucha aún el traqueteo de la carreta con sus llantas de acero. Lleva en la caja flores, ramos, guirnaldas de lirios y azucenas. Y un sarcófago negro con manijas plateadas. Son alazanes y son dos los caballos. El que conduce la carreta es moreno y rapado. Cansinamente llueve. Nadie sigue al cochero.

El país de la muerte es extranjero y montañoso y áspero.

Que te incineren, que te quemén las alas, pájaro endemoniado, ángel procaz y quieto, poeta del fervor y la miseria. Reducido a cenizas serás el más obtuso carbón que se disgrega. Dile al cochero impenitente que frene los caballos. Cuando cesé la lluvia saldrá la golondrina.

XXII.

Me he asomado a la noche y no veo las estrellas. Tampoco veo la luna ni el perfil de los árboles ni los ojos del búho cuyo chillido escucho, sin embargo. Y no veo la rata que roe las maderas ni a Maldoror entrando a ciegas a la Ciudad del Hombre.

No veo a mis hermanos y, sobre todo, no te veo a ti que estás cantando suave una canción de despedida, una canción de invierno. Amiga del silencio, cuando cantas recompones la elipse de los astros, suspendes cautamente el batir de las hojas.

Duerme la mariposa del naranjo; duerme la endrina, el fruto del ciruelo lampiño; duerme de pie el caballo. El viento también duerme. Mi cabeza lo sabe mas mis ojos lo ignoran. ¿Para qué mi cabeza si el mundo se deslíe?

También yo, ciego, cruzaré las murallas de la Ciudad, para salir no para entrar en ella como aquel hijo del Poeta. ¿Estoy acaso en la Ciudad? No conozco sus calles, no conozco sus muros, no conozco sus fuentes, no percibo sus ruidos. ¿Qué me amortigua los sentidos?

¿Será que el hielo se aproxima? ¿Será que el mundo se ha tornado inaudible? Pues lo que escucho todavía, dejará de escucharse, se acallará el sonido en mi cabeza memoriosa, y tu canción se irá esfumando en una nota grave y oscura como vaso de vino de la tierra.

Si estás presente cuando finalice el tiempo humano de los signos visibles, toma mi mano y ríe. Y si no doy señales de que escucho, haz que mi dedo toque tu garganta. Y si no siento, quédate dormida. Me has dado tanto mundo que bien puedo rogarte tanto sueño.



XXIV.

Amada negra, amada blanca, de plumón, de carbunco, de ratoncillo, de frambuesa. Amada de refugio en la montaña, pie de racimo, boca frugal, pajarita de alas verdes, camino lentísimo, vereda, orilla de arroyuelo, panal oculto. Amada de silencios breves y aspiraciones de orégano y ricino. Mujer de hoguera, de cielos inconclusos, de armónica celeste. De alarma, de cuchillo, de peligro de muerte. Mujer de menstruas colosales, hembra oceánica escorada hacia los cinco sures del mundo. Mujer discreta como confesionario, muro de las lamentaciones del réprobo y torcido. Amada, trigo en ciernes, paloma picassiana y aún de rama de olivo y escarapela roja. Amada no a la guerra, mujer de paz activa, hembra de los sollozos, tejedora, olor a pan secreto, aurora del pecado, sed de altura infinita, hospitalaria sudamericana, codorniz, liebre, agua surgente, mujer tribu, reidora, negra, puta, virgen de la arboleda, crisantemo dorado, vientre de sementera, florecilla de abril, florecilla de mayo. Amor concreto, protagonista del mester de inocencia, virginal, despiadada, séptimo cielo, cruda frontera de homicidios, orden estricta del silencio, carta de amor en clave. Mujer innumerable y más bella que Dios, que el arcoiris. Distinta, inaplazable, bizcochuelo de harina leudada por placer, almíbar absoluto.

Más de amor te dijera si más de amor quebrara tu cintura de niebla azucarada. Amor, pozo de orgullo, cerebro de rodillas la paz de la lujuria.

XXV.

Las nubes. Los árboles de sombra y fruto. Los alimentos terrestres. El trigo y el maíz. La quietud del olivo. Los ojos pequeñuelos de la alargada comadreja. A tus pies, madonnina, a tus pies en el dibujo del bastidor del sueño, bajo siglos de música perenne.

Estampa detenida en donde sólo corre el arroyuelo y la mojarra se eterniza en la corriente más allá inmóvil. Así recuerdo el mundo, tu silueta preciosa en el fulgor de la mañana, tu perro, tu sandalia.

Que me traigan tu olor en un vaso de peltre, tu olor en algo antiguo, ritual y atemperado. El perfume de tu cabello, el aroma descansado y lácteo de tu pecho. Que me lo traigan aunque sea ese aliento lo último que beba.

En esta media luz cato el silencio. Tal vez no oiga tu paso, tal vez la música ya no llegue, marchita. Tu aroma, tu aroma es lo que quiero para cerrar los ojos e imaginar tu amor, tu sed de encanto.

L	M	X	J	V	S	D
10	11	12	13	14	15	16

2003
 CI. AVILA 121 - 21000
 2003 - MADRID
 JAVIER PAGOLA

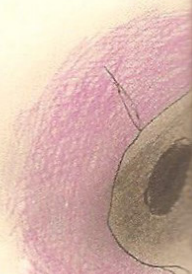
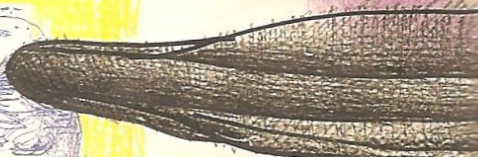
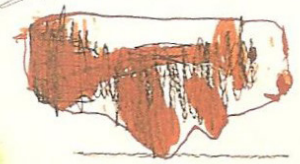
EMMA SANTA.

44. PAG

EDUCACION PLASICA Y VISUAL
 2º ESO LINEA Y TEXTURA.

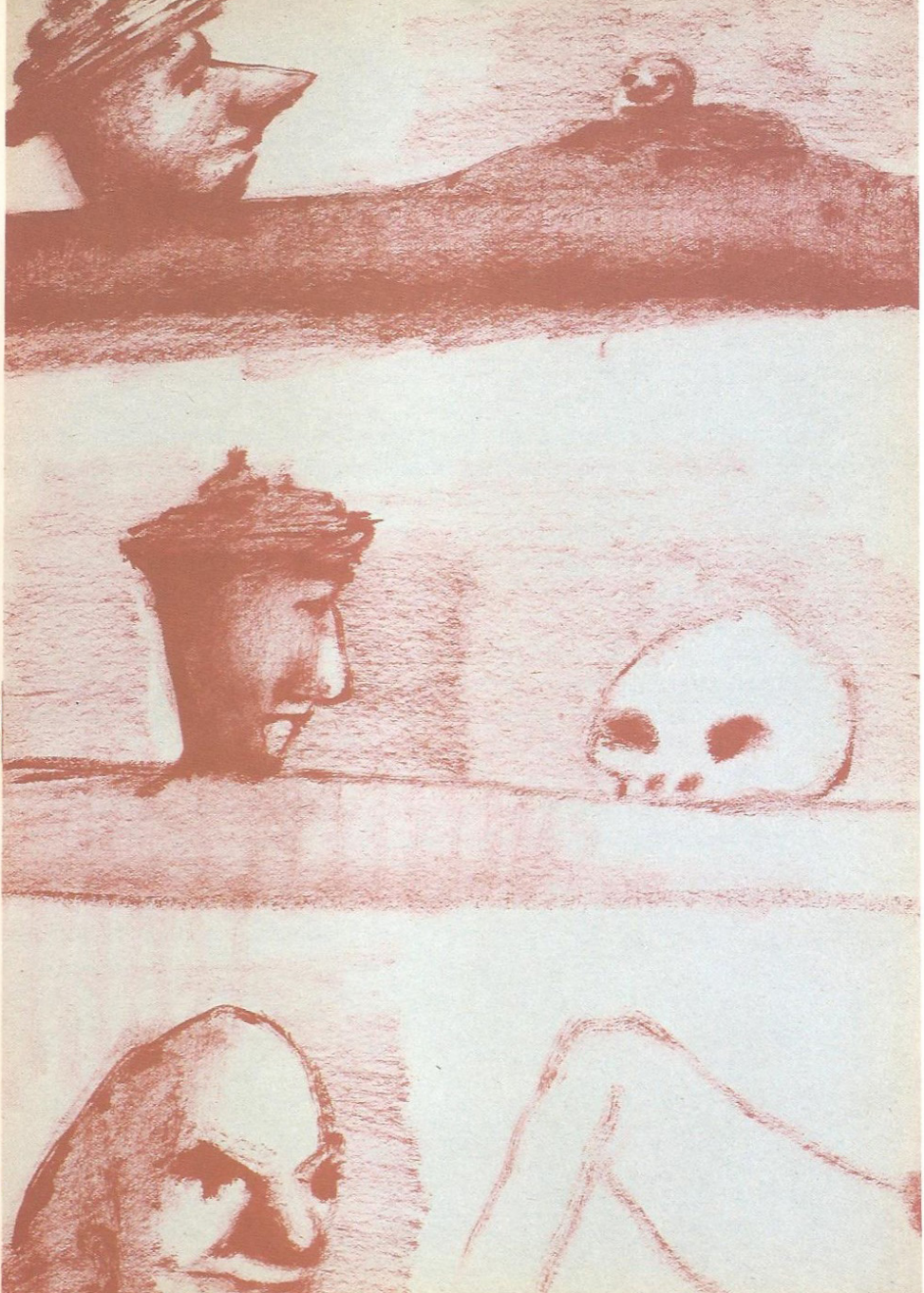
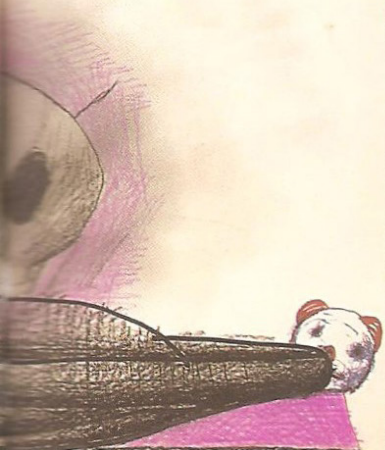
ILAR.

11





14	15	16	17	11	12	13
21			10	18	19	20
						30



XXV.

Las nubes. Los árboles de sombra y fruto. Los alimentos terrestres. El trigo y el maíz. La quietud del olivo. Los ojos pequeñuelos de la alargada comadreja. A tus pies, madonnina, a tus pies en el dibujo del bastidor del sueño, bajo siglos de música perenne.

Estampa detenida en donde sólo corre el arroyuelo y la mojarra se eterniza en la corriente más allá inmóvil. Así recuerdo el mundo, tu silueta preciosa en el fulgor de la mañana, tu perro, tu sandalia.

Que me traigan tu olor en un vaso de peltre, tu olor en algo antiguo, ritual y atemperado. El perfume de tu cabello, el aroma descansado y lácteo de tu pecho. Que me lo traigan aunque sea ese aliento lo último que beba.

En esta media luz cato el silencio. Tal vez no oiga tu paso, tal vez la música ya no llegue, marchita. Tu aroma, tu aroma es lo que quiero para cerrar los ojos e imaginar tu amor, tu sed de encanto.

XXVI.

Símbolo del absurdo, el armadillo (en otras partes bien llamado quirquincho) se esconde bajo tierra. Nutrias y castores remueven la laguna y zumba la plaga de mosquitos palúdicos.

Es de hierro el anillo de sello; lleva el grabado de una iguana. De un extraño amarillo ha salido la luna. El anillo pertenece al Señor de estas tierras. Oblonga, no redonda, esta noche es la luna. Acongoja tu palidez. ¿Quizá lloras?

Mas no se trata de llorar. No es hoy la fecha señalada. No está cerca el invierno. En esta hora en que despierta el búho y duerme la paloma, el mundo está sereno y sin prisa. No está cerca el invierno mas se han marchado ya los bichos del verano, cigarras y luciérnagas.

Duele tu palidez, aún más que tu sollozo, si sollozas. Si apareciera el armadillo soterrado sería feliz el lobo, su fauce que tritura. Y yo seré feliz si te sonrojas cuando vuelva la luz a tus mejillas. La luz caliente de la entraña, la luz de tu perpetua primavera. Y se cumpla el designio funeral del anillo de sello, su condena invencible.

El Señor de estas tierras anegadizas, heraldo oscuro de la muerte.



2 SEMANAS

FARMACIA

MAGALD

EUSEBIO

BETY
E.L.

NICOLAS

AMERICA
FRANCO
TYDEN

GONCAL
NINA

CONDO

X

Z

V

1 2 3 4 5 6 7 8

XXVII.

Cuando acabe la luz.

Cuando acabe el sonido.

Cuando el olor acabe.

Cuando acabe el sabor de los frutos perfectos.

Cuando no sienta la tersura delicada de tu piel de delicia.

Cuando la noche y el alba misma, la tarde y la mañana se hayan cerrado como cajas de amianto.

Cuando el mundo se llene de inaudibles mugidos.

Cuando se calle el ruiseñor y se calle la alondra.

Cuando la pluma fuente no rasguñe el papel.

Cuando lamente el Dios no tener nombre.

Cuando el Libro del Hombre arda en la hoguera.

Cuando el perro esté solo.

Cuando caiga la piedra con inscripciones.

Cuando se palpe la ceniza.

Cuando haya un cofre de madera que nadie quiera abrir.

Cuando lloréis en vuestro cuarto.

Cuando el insomnio llegue y la cruenta vigilia.

Cuando retorne el sueño y regresen los sueños.

Cuando el brote de lirio se anticipe a la brisa.

Cuando florezca la caléndula.

Cuando comáis del fruto de la higuera.

Cuando se dore el pan y su sagrado olor se cuele en vuestros huesos.

Cuando corran nuevamente los ríos del asombro.

Cuando el sol se deslice por tu cuerpo absoluto.

Cuando se escuche en el silencio el rumor de la noche.

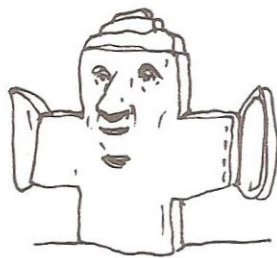
Cuando el amor y sus renuevos.

Cuando la paz del alma.

Cuando el olvido.

Cuando el vino.

Cuando olvide el olvido.



ÍNDICE

- I. Tu diente de oro*
- II. Al jardín absoluto*
- III. Como en el alto silencio*
- IV. Con los ojos agrandados*
- V. Hoy, en el abrevadero*
- VI. Sordo, el viento*
- VII. Lodazal amarillo*
- VIII. Plumón de pato*
- IX. Se ha perdido el fulgor*
- X. El demonio y su argucia*
- XI. Que me pruebe tus alas*
- XII. Penumbra es toda voz*
- XIII. Sutil pajarillo*
- XIV. Veo al ciego*
- XV. Bajas los párpados*
- XVI. Aunque encorvado*
- XVII. Como miel en la redoma*
- XVIII. Ni Dios, ni dioses*
- XIX. Musical amaneces*
- XX. Con la prontitud del caballo*
- XXI. Alguien ha puesto fuego*
- XXII. Me he asomado a la noche*
- XXIII. Muy distante*
- XXIV. Amada negra*
- XXV. Las nubes*
- XXVI. Símbolo de lo absurdo*
- XXVII. Cuando acabe la luz*

JAVIER PAGOLA

NACIDO EN SAN SEBASTIÁN en 1955, es uno de los pintores más interesantes de su generación. Entre 1974 y 1978 estudió Arquitectura en Madrid y empezó a participar en exposiciones colectivas en 1977. Sus exposiciones individuales en galerías como Sala Alta y Pilares (Cuenca), Ángel Romero, La Kábala o Caballo de Troya (Madrid), así como en la parisina Lina Davidov, han significado el pleno reconocimiento de su trabajo, dirigido también al campo de la ilustración, especialmente en revistas como Creación. Su obra está representada en varios museos españoles y en la Fundación De Menil de Houston, Texas

LVIS BVRGOS *ARTE DEL SIGLO XX*